

*grandes maestros
del suspenso*

LEO BRUCE

SANGRE FRÍA



Al principio no parecía haber dudas sobre el asesinato del millonario con un martillo de croquet. Pero la policía no se decide a detener al sospechoso obvio. Los interesados en que se castigue al criminal llaman al sargento Beef, que aplica sus métodos poco ortodoxos y casi descubre un segundo asesinato.

CAPÍTULO UNO

EL CASO DUCROW CAMBIÓ al sargento Beef. Yo, que lo conozco desde hace muchos años y he recogido en mis libros nada menos que seis de sus investigaciones, quedé atónito varias veces durante el curso de ésta. No se trataba de que hubiera perdido su sentido del humor, a veces infantil, su gusto por la cerveza o su costumbre de hacer anuncios ominosos, ni de que hubiera cambiado algo de su aspecto exterior de pesado policía inglés con el bigote rojo siempre mojado por la inmersión en un chop. Y por supuesto que no se mostraba menos astuto en su trabajo ni, de ninguna manera, menos exitoso.

Era como si por primera vez en su vida estuviera “mortalmente” serio, como suele decirse. Por primera vez parecía un poquito asustado. Y actuaba con la conciencia de ser nada menos que el protector y vengador de la sociedad, trabajando contra una fuerza que no subestimaba.

Comencé a respetar a este nuevo Beef. Estuve con él durante casi toda la peligrosa investigación y me sentí satisfecho al comprobar que, a pesar de que su habitual risita entre dientes y su aire de misterio infantil no lo abandonaban, se esforzó por elevarse sobre las bufonadas para enfrentar aquel desagradable episodio de la realidad.

El caso empezó como otro. Los dos habíamos leído en los diarios el relato de un asesinato en Kent, comentándolo al pasar. Para un hombre en la posición de Beef cualquier asesinato debe despertar más que un interés académico, y recuerdo que se lo hice notar esa mañana en que los diarios sacaron por primera vez detalles del asunto Ducrow.

—Debería leerlo —le aconsejé al alcanzarle el diario.

—¿Por qué?

—Porque lo he convertido en uno de los más famosos investigadores privados y nunca se sabe cuando lo pueden llamar para ocuparse de un caso como éste.

Me miró de modo raro.

—¿Sabe, Townsend? A veces me sorprende. ¡Me ha convertido en un famoso investigador! Supongo que mi trabajo no tiene nada que ver con eso...

—Usted encuentra la solución, Beef, pero hoy en día eso no es suficiente. ¿Qué investigador no encuentra la solución? Se necesita mucho más que una investigación exitosa para hacerse famoso como detective. Para empezar es necesario tener un aspecto muy especial. O enormemente alto o muy pequeño. Muy gordo o casi esmirriado. Barba, ojo de vidrio o alguna otra seña particular por el estilo. Cada tantas páginas debe recordar a un cocodrilo, como la señora Bradley, o hablar como un noble en una farsa eduardiana, como lord Peter Wimsey. O usar exclamaciones en francés como Poirot. En otras palabras, debe ser diferente a los demás.

—¿Y acaso no lo soy? —preguntó Beef.

—Lo es cuando me ocupo de usted. ¿Pero dónde estaría si yo no sacara a flote todas sus pequeñas peculiaridades? Trabajando en la Policía, investigando robos de gallinas en algún pueblito. Yo lo he convertido en lo que es.

—Y no le ha ido muy mal haciéndolo.

—Me habría ido mejor si hubiera contado con un material de más calidad. Usted siempre investiga crímenes muy sórdidos. Si por lo menos le dieran un caso en el que hubiera de por medio una gran fortuna... Dicen que Cosmo Ducrow tenía medio millón.

Beef tomó el diario y comenzó a leer el relato del caso a su manera despaciosa y detallada. Estaba escrito en palabras que para el redactor serían chispeantes y concisas, pero yo contaré a mi modo los detalles conocidos hasta ese momento.

Cosmo Ducrow había heredado una gran fortuna de su padre, un constructor de barcos del tipo de Anthony Glos-ter. Cosmo era un hombre extraño, neurótico, que evitaba cualquier contacto con el mundo exterior. Más tarde alguien lo describiría como un cangrejo ermitaño, una criatura tan sensible que sólo puede vivir encerrada como un molusco y que muere si se la toca.

Había comprado hacía tiempo una gran mansión cerca de Hawden, un pueblo de Kent, a unos setenta kilómetros de Londres. Tenía cincuenta años y había abandonado casi todas las actividades que suelen ocupar a los hombres hasta una edad más avanzada y ni siquiera manejaba su auto, sino que tenía un chófer que se encargaba del Daimler en las pocas ocasiones en que se aventuraba más allá de las verjas de su propiedad. Se creía que la razón de su aislamiento era la timidez, pero yo creo que iba más allá de eso y se debía a algo más bien patológico. Odiaba conocer gente nueva y se sentía muy incómodo ante cualquier desconocido.

Diez años antes había hecho lo que hacen muchos hombres ricos de salud inestable —se había casado con su enfermera. Freda Ducrow tenía diez o quince años menos que él y era una bella mujer de carácter decidido e impetuoso. A pesar de todo, los dos parecían muy felices y Freda Ducrow se había acostumbrado a proteger a su marido de los contactos indeseables.

Hokestones, su hogar, era una casa grande y gris rodeada de árboles altos y más bien tristes que la hacían invisible desde el camino. Cuando lo conocí, me pareció un sitio bastante melancólico, pero se la consideraba una pieza arquitectónica importante y algunos de sus cuadros y muebles tenían mucho valor.

Cuando Cosmo murió vivían en la casa él y Freda, un amigo de la infancia de Cosmo, Theo Gray y su secretario y apoderado, el mayor Gulley. Este apoderado iba a mudarse en poco tiempo a un chalet que estaba dentro de la pro-

piedad y que había sido amueblado especialmente para él. Como personal de servicio tenían a un tal Gabriel y su mujer, Molly, que trabajaban allí desde hacía años. También estaba Mills, el chófer, un hombre joven, más cerca de los treinta que de los veinte.

El camino de entrada principal tenía un pabellón a cada lado, uno de los cuales había sido ampliado, y alojaba a un sobrino de Cosmo, Rudolf Ducrow y a su mujer, Zena; en el otro vivía Dunton, el jardinero. Estaban a unos cuatrocientos metros de la casa.

La noche en que murió Cosmo, los Gabriel se fueron a acostar a las 21:30 y la señora Ducrow —que ese día había ido a Londres— lo hizo poco después de las 22:00 dejando a su marido a solas con Theo Gray, ya que el mayor Gulley había ido a pasar la noche fuera. Era una noche fría, y los dos hombres bebieron whisky con soda al lado del fuego. Después Theo Gray decidió irse a su dormitorio del primer piso y Cosmo se dirigió a la biblioteca. Gray calculaba que eso había ocurrido más o menos a las 23:00. Cosmo y su mujer tenían habitaciones separadas, pero la señora Ducrow oyó pasar a Theo Gray rumbo a su habitación.

El dormitorio de Theo Gray daba al camino de entrada. A las 04:00 lo despertaron unos gritos que provenían del parque. Se asomó por la ventana, pero no pudo ver nada. Algunas semanas antes habían robado dos estatuas de plomo del jardín y, temiendo que estuviera sucediendo algo similar, llamó por el teléfono interno al jardinero, Dunton, y le informó lo que acababa de oír.

—Será mejor que eche una mirada —le sugirió.

Dunton se puso algo encima y salió corriendo. Casi enseguida vio un hombre que venía de la casa. Se escondió, con la intención de sorprender y atrapar al visitante, pero cuando el hombre se acercó, pudo ver que era Rudolf Ducrow. Cuando lo llamó Rudolf quedó "muy sorprendido y molesto" y se apresuró a entrar en su pabellón.

A las 08:00 de la mañana siguiente Dunton encontró el cuerpo sin vida de Cosmo Ducrow cerca de un banco de piedra en el prado donde se jugaba al croquet. Tenía la nuca aplastada. A su lado estaba el mazo de croquet que según la opinión de los expertos había sido usado para asesinarle los golpes mortales. En el arma estaban las huellas de Rudolf Ducrow.

Cuando Beef terminó de leer el relato del diario que contenía la mayoría de estos hechos, se mesó el bigote con aire pensativo.

—Si éste fuera uno de esos casos sobre los que escriben ustedes, resultaría que el sobrino no tiene nada que ver. Pero en la vida real es diferente. ¿Cuántas veces se tiene una lista de presuntos culpables, en la vida real?

—No sé, porque cuando uno lee sobre el caso, todos los sospechosos fuera de carrera han sido eliminados y sólo es nombrado el hombre al que la policía considera culpable.

—Así es —admitió Beef—. En la vida real sucede una de estas tres cosas: la policía no tiene ni idea y no puede relacionar a nadie en especial con el crimen; la identidad del asesino es bastante obvia desde el principio, o no hay suficientes pruebas. Pero no existen muchos casos en los que haya una docena de sospechosos y el detective tenga que decidir quién es el culpable.

—¿Cuál de los tres cree que es el caso Ducrow?

—¿Está bien a la vista, no le parece? A menos que haya detalles que ignoramos.

Sí, era bastante obvio y durante los siguientes días tanto yo como la mayoría de los lectores de diarios de Inglaterra esperamos noticias del arresto de Rudolf Ducrow, acusado de haber asesinado a su tío. Pero muy pronto el caso se esfumó de las primeras planas y no se informó de ningún arresto. Yo mismo empecé a perder interés y me dediqué a buscar en otra parte algún posible caso para Beef y para mí.

Era hora de que Beef consiguiera otro caso, alguno que le proporcionara el reconocimiento que siempre recibían sus competidores más aristocráticos. ¡Cuántas veces había deseado poder dedicar mi talento como biógrafo a alguien de apariencia menos rudimentaria, alguien con más *savoir faire*, alguien del *haut monde*! Pero en ese momento comprendí que ya era tarde para buscar nuevos horizontes; para bien o para mal mi viejo amigo iba a seguir siendo el objeto de estas memorias. Pero como ya expliqué en otra oportunidad, yo mismo soy un profesional —no pretendo otra cosa— un alumno de una escuela privada, educado en el colegio St. Lawrence de Ramsgate y hay momentos en los que tengo la impresión de que Beef nunca va a superar el nivel de un bar popular. Es por eso que deseaba que nuestro próximo caso por lo menos nos introdujera en un *milieu* más distinguido.

Pensé que el de Ducrow se adaptaba a mis expectativas. La mujer de Rudolf era hija de lord Dunborrow y Hokestones era una casa de campo bastante famosa. Pero si esto no podía ser, por lo menos esperaba no tener que meterme en algún caso sórdido, que nos llevara a conventillos y barrios bajos.

Días después recibí un llamado de Beef.

—Este sí parece ser... —me comunicó de manera más bien críptica.

—¿Parece ser qué? —traté de disimular mi curiosidad.

—Un caso para mí.

—Para nosotros —lo corregí.

—Para mí; pero me atrevo a decir que usted podría escribirlo si su nuevo editor se lo acepta.

—Si usted cree... —comencé, enojado.

—No siga. Escuche esto, que es importante. Me han llamado por el caso Ducrow. Theo Gray viene a verme hoy.

—¿Adónde?

—¿Cómo "adonde"? A mi casa, por supuesto.

En mi mente se formó la imagen de la casita de Beef en Lilac Crescent, una de tantas de aquella hilera deslucida, distinguible únicamente por su cercanía con la calle Baker. Recordaba la placa ridícula que había hecho instalar: *W. Beef. Investigaciones*. Me pregunté que pensaría un hombre como Theo Gray de un lugar así.

—¿Por qué no lo citó en mi departamento? —pregunté.

—De ningún modo. Viene a las 16:00, así que, si le interesa, será mejor que esté aquí un rato antes.

Acepté y colgué. Por lo menos Beef iba a tener un caso.

CAPÍTULO DOS

—EL PROBLEMA ES QUE USTED me ha hecho aparecer tan estúpido en alguno de sus libros, que no entiendo por qué me llaman todavía para intervenir —protestó Beef mientras esperábamos que llegara Theo Gray—. No podemos saber si este hombre es el asesino y me consulta porque cree que soy tan inútil que nunca descubriré nada y quiere mostrar buena voluntad.

—Esa es una exageración —retruqué—. Nunca negué que al final atrapara al culpable.

—Pero muchas veces ha hecho que parezca más obra de la suerte que de mi buen juicio.

No pude menos que pensar en lo distinta que era una conversación entre Holmes y Watson mientras esperaban a sus clientes. Si Watson debía defender su posición alguna vez era para sí mismo y nada sabía de ello el hombre cuyos logros relataba con tanto orgullo; pero cuando yo miraba a Beef en el otro extremo del cuarto, sabía cuantas explicaciones tenía que darle.

En ese momento se oyó un timbrazo corto y la mujer de Beef se dirigió presurosa desde la cocina a abrir la puerta. Había tratado de explicarle con mucho tacto la necesidad de que en esa ocasión se le diera un aspecto más profesional a la consulta, preguntando el nombre del visitante y anunciándolo, pero mis esfuerzos habían sido inútiles.

—Un hombre te quiere ver —anunció asomando la cabeza en el living y dejando que nuestro visitante se adelantara después de volver a la cocina. Nos pusimos de pie.

Theo Gray era un hombre de aspecto distinguido, cabello espeso prematuramente blanco y porte militar. El bigote recortado y el traje de buen corte subrayaban esta primera

impresión. No parecía perturbado o nervioso; se notaba que no era hombre de demostrar sus emociones.

Beef estiró su manaza roja.

—Encantado —dijo con entusiasmo, y me presentó.

Theo Gray perdió muy poco tiempo en formalidades.

—Necesito su ayuda —su tono era grave.

—La tendrá —contestó Beef con aire importante—. He leído lo que han publicado sobre el caso.

—Es muy poco. Hay algunos detalles desconcertantes que no han sido mencionados. Quiero que usted venga a Hokestones y descubra la verdad. Me gustaría que viniera enseguida de ser posible, porque en cualquier momento la policía va a arrestar a un inocente.

—No creo que sea tan fácil —le previno Beef—. La policía no suele acusar a nadie de asesinato hasta que está bien segura.

—Pues por lo que he podido averiguar, están seguros. Creen que Cosmo Ducrow fue asesinado por su sobrino Rudolf.

—¿Y no fue así?

—¿Cómo dice?

—Si no fue así.

—Por supuesto que no. Rudolf apreciaba mucho a su tío y jamás ha tenido la menor ambición. A menos que pongamos esto en claro, no vale la pena que se ocupe de este caso.

Me pareció mejor intervenir antes que Beef perdiera esa oportunidad por su falta de tacto.

—Lo que quiere decir el sargento Beef... —comencé, pero Beef me interrumpió.

—Señor Gray, hace años que usted conoce a ese joven, ¿verdad? No puede imaginarlo haciendo algo así. ¿Pero, puede imaginarse a algún otro haciéndolo? El asesinato es siempre una sorpresa a menos que se trate del acto de violencia de un matón. No quiero manifestar con esto que esté convencido de que Rudolf Ducrow asesinó a su tío. To-

davía no sé nada de todo este asunto. Pero las apariencias del caso están en contra de él.

—Claro que sí. Por eso vine a verlo. No quiero que ese joven tenga que afrontar un juicio. Y el único modo es que alguien descubra la verdad.

—¿Así que usted piensa que descubrir la verdad y probar la inocencia de Rudolf Ducrow son una misma cosa? Y está tan seguro de que él no lo hizo que me contrata para hacerme cargo de la investigación...

—Así es.

—¿Por qué a mí? —preguntó de pronto Beef en voz muy alta.

En la cara de Theo Gray apareció la sombra de una sonrisa.

—Porque quiero al mejor para este trabajo.

—Hay algunos más conocidos que yo —admitió Beef—. ¿Por qué no fue a ver a Poirot, por ejemplo?

Por primera vez vi que Theo Gray se mostraba un tanto incómodo.

—A decir verdad hice algunas averiguaciones, pero él estaba ocupado en otro caso.

—¿Y Albert Champion?

—No pareció interesado.

—Así que como último recurso vino a ver al viejo Beef. Pero yo no estoy seguro de querer aceptar este caso. ¿A quién recurriría entonces?

—Llamaría por teléfono al inspector French —respondió Theo Gray pero Beef estaba riendo entre dientes.

—Lo tomo. Y ahora a trabajar.

Contemplé con horror como sacaba del bolsillo uno de sus adorados anotadores negros y lamía la punta de su lápiz.

—Cuénteme todo lo que sepa del asesinado.

—Cosmo era un ser extraño. De chico sufrió mucho por ser huérfano de madre. Su padre fue un millonario que llegó solo a esa posición y se mostraba desilusionado con su

hijo. Como sabrá, su padre era Mulford Ducrow, que comenzó como grumete de barco y llegó a ser gerente general de la empresa naviera Glasgow-Brasil. Quería un hijo que siguiera sus pasos: un muchacho rudo, dispuesto a todo. Se sintió muy mal cuando Cosmo demostró ser un joven tímido y enfermizo, más interesado por la filatelia que por los barcos. Lo despreciaba y era muy prepotente con él. Cuando Cosmo andaba por los treinta años, el viejo seguía gritándole y tratándolo con desdén, haciéndolo sentir un gusano.

Beef asintió.

—Conozco ese tipo de gente.

—Yo fui compañero de escuela de Cosmo, y luego estuvimos juntos en Cambridge. En realidad pasamos juntos la mayor parte de nuestras vidas. Me casé a los veintisiete años y mi mujer murió cinco años después y desde entonces estuvimos bajo el mismo techo. Cosmo odiaba y temía a las caras nuevas y recurría a mí para que lo mantuviera en contacto con el mundo; a veces hasta llegué a pensar si yo no le servía para mantener su cordura.

»Cuando su padre murió, heredó todo, pero es difícil imaginar a alguien para quien tanta riqueza significara tan poco. Lo convencí de que comprara Hokestones porque me pareció que sería más feliz en un sitio que le asegurara privacidad total. En sus primeros años allí estuvo más tranquilo y satisfecho que nunca. Luego hace diez años se casó con Freda Boyce».

—Tengo entendido que era un matrimonio muy feliz.

—En cierto sentido, sí. Ya conocerá a la señora Ducrow, y no quiero decir nada que pueda influir en su opinión. Lo único que puedo afirmar es que desde el día de su casamiento, Cosmo dejó de ser dueño de sí mismo.

—¿Alguna vez lo había sido?

Theo Gray miró a Beef como si la pregunta lo hubiera sorprendido.

—Entiendo lo que me quiere decir. Tal vez tenga razón. No lo fue nunca en el sentido general. Pero antes solía tomar sus propias decisiones en materia cotidiana, mientras que la señora Ducrow nunca lo dejó ni siquiera elegir un traje o decidir a qué hora se iba a comer.

—¿Y sin embargo dice que eran felices?

—Creo que dije que lo era en cierta manera. A Cosmo le gustaba bastante que su vida fuera manejada hasta el último detalle. Siempre que pudiera encerrarse en su biblioteca con su fantástica colección filatélica, su familia podía vivir como le diera la gana y gastar lo que quisiera. Cosmo era un hombre apacible, un recluso, si quiere, tímido hasta llegar a la misantropía, pero no era ningún tonto. Si no tomaba parte en el manejo de sus negocios, era porque no quería hacerlo.

—No suena como alguien que pudiera tener muchos enemigos.

—No tenía un solo enemigo en el mundo; por lo menos yo no le conocí ninguno. Es cierto que se mantenía alejado de la gente, pero con aquellos a los que estaba acostumbrado a ver era amable y considerado. Por ejemplo, los sirvientes lo apreciaban mucho...

—Y sin embargo alguien acabó con él... —señaló Beef sin demasiado tacto.

—No puedo creer que haya sido alguien que lo conociera.

—¿Un desconocido? En ese caso tendrá que sugerirme un motivo. ¿Lo robaron?

—No. Tenía encima la billetera y el reloj. Ya le comenté que había varias cosas desconcertantes.

—Cuéntenos de esa noche.

—Hasta el momento de la tragedia fue una noche tan normal, que casi no tengo nada para contarle. Gulley no estaba. Gulley manejaba las propiedades de Cosmo y se ocupaba de su correspondencia. Un tipo espléndido. Hace años que está con nosotros. Cosmo, Freda y yo cenamos

juntos. Freda había tenido un día agotador en la ciudad y se acostó temprano. Cosmo y yo permanecemos bebiendo un último whisky con soda. Recuerdo que me habló de unas estampillas. Iba a enviar a Gulley a un remate; ya lo había hecho varias veces. Estaba muy animado.

»Lo dejé más o menos a las 23:00. Me dijo que iba a pasar un rato en la biblioteca y yo estaba cansado. No había nada raro en esto, muchas veces pasaba la mitad de la noche con sus estampillas. Poco después de las 04:00 escuché gritos en el jardín...».

—¿Qué clase de gritos?

—Ese es el problema. El inspector Stute me preguntó lo mismo y me fue difícil contestarle, porque en un cierto sentido los escuché en sueños. Por lo menos me desperté con la sensación de haberlos oído, más que de oírlos con certeza. Ya sabe que uno puede despertarse súbitamente por algún motivo sin saber exactamente de qué se trata y esperar bien despierto a que se repita. Eso fue lo que me pasó pero los gritos no se repitieron. Sin embargo sabía que no había soñado.

»Fui hasta la ventana y miré hacia afuera, pero era una noche muy oscura y no pude ver nada. Permanecí alerta un rato pero no oí ningún sonido extraño. Entonces fui a telefonar a Dunton y le dije que echara una mirada. Poco antes habíamos tenido la visita de ladrones, ¿sabe? Después volví a la cama. Lo que él vio, y lo que encontró a la mañana siguiente, podrá escucharlo de su propia boca».

—Sí —contestó Beef—. ¿Rudolf Ducrow admitió haber estado allí?

—Así es. Además habló con Dunton.

—¿Cómo explica su presencia allí?

—Ese es otro de nuestros problemas. No puede dar ninguna explicación satisfactoria. Dice que no podía dormir y que salió a dar un paseo.

—¿En una noche de noviembre negra como el carbón?

—Eso es lo que dice.